



Fundación
Princesa de Asturias

Punto y seguido con Leonardo Padura, actividad enmarcada dentro del programa educativo *Toma la palabra*, ha supuesto todo un desafío literario para las alumnas y alumnos de 3º y 4º de Secundaria y de Bachillerato de Asturias. Durante semanas, más de 500 estudiantes de 31 colegios se han enfrentado al reto de continuar una historia que el Premio Princesa de Asturias de las Letras 2015 comenzaba así:

“Aunque en Cuba insistieran en llamarlo el Gallego Manolo, como a todos los españoles que por décadas y siglos se habían asentado en la isla, siempre que podía el viejo Manuel Mejido les aclaraba: «Asturiano. Soy asturiano». Y no lo hacía porque considerara que ser asturiano fuese mejor que ser gallego, o catalán o andaluz, sino porque, a pesar de haber vivido tantos años lejos de su terruño, en cada ocasión en que se le despertaba la nostalgia, sus recuerdos más ingobernables reavivan la memoria de aquel pueblito asturiano donde había nacido y al cual, algún día, algún día, regresaría para completar el ciclo de la vida. Porque Manuel Mejido aspiraba a descansar en la misma tierra donde había nacido...”

Amanecer

Cuando el mundo está lleno de promesas.

Aunque en Cuba insistieran en llamarlo el Gallego Manolo, como a todos los españoles que por décadas y siglos se habían asentado en la isla, siempre que podía el viejo Manuel Mejido les aclaraba: << Asturiano. Soy Asturiano>>. Y no lo hacía porque considerara que ser asturiano fuese mejor que ser gallego, o catalán o andaluz, sino porque, a pesar de haber vivido tantos años lejos de su terruño, en cada ocasión en que se le despertaba la nostalgia, sus recuerdos más ingobernables reavivan la memoria de aquel pueblito asturiano donde había nacido y al cual, algún día, regresaría para completar el ciclo de la vida. Porque Manuel Mejido aspiraba a descansar en la misma tierra donde había nacido, la misma que le había cautivado con sus verdes y frondosos bosques mágicos; bañados con la belleza del azul de sus aguas...

Sus ojos se abrieron de repente. Otra vez había vuelto a soñar con su pueblo, con su familia... con su anterior vida. Pero eso ya se había quedado atrás. Se aproximó a la ventana, y contempló al Sol asomar vacilante entre los tejados de los edificios colindantes. 'Este es mi momento favorito del día' – pensó- 'El amanecer. Cuando el mundo está lleno de promesas'.

Se contempló frente al espejo durante unos segundos, como si esperara una frase alentadora para seguir resistiendo. Comenzó a vestirse, y una vez arreglado con la misma indumentaria que le había visto alejarse de su verdadero hogar, emprendió el camino al Centro Asturiano. Allí le esperaban José y Amador, ambos nacidos en Avilés y con los que había compartido el mismo destino. En el barco había conocido a un joven de Cudillero que le había insistido en que nada más llegado a La Habana, acudiera al Centro Asturiano para conocer más gente. Desde entonces, José y Amador, quienes llevaban allí dos y cinco años respectivamente, le habían apoyado y ayudado en todo lo que necesitaba y más. Eran lo más parecido que podía tener allí a una familia, y el Centro Asturiano, a su hogar.

- ¡Muy buenos días, Manolo! Veo que hoy hemos madrugado. ¿Te ha despertado la cálida brisa de la mañana o el reconfortante sonido de final de mes?

Manolo sabía bien a qué se refería: ese día iba a cobrar. En la otra punta del océano, su familia dependía de él y esperaba los cuartos con impaciencia; por lo que siempre pretendía apresurarse para efectuar el envío. Sin embargo, recibir la paga mensual no solo era un hecho agradable para su familia; sino también para él mismo. La tranquilidad de irse a dormir sabiendo que tanto él como su familia disponían de lo necesario para seguir adelante era lo que le daba aliento para continuar. Y por supuesto, la esperanza de ahorrar lo suficiente como para poder regresar.

Tras despedirse de sus amigos, se dispuso a recoger el dinero de la mensualidad correspondiente. Metió la mayor parte de los billetes, desgastados y descoloridos por el uso, en un sobre impoluto y se encaminó hacia el puerto. Allí le esperaba Pepe Expósito, 'el indiano', un hombre de gran talla y envergadura. Se encontraba sentado en un banco mirando fijamente a una larga cola de personas accediendo a un barco por una pasarela. Pepe Expósito realizaba muchos viajes entre España y las Américas, y se dedicaba a ayudar a los emigrantes a

poner sus papeles en regla. Él le había organizado el viaje y le había buscado un trabajo, y desde que Manuel estaba allí, se ocupaba de entregarle las cartas a su hermana al desembarcar en Gijón; así como de transmitirle a Manuel su correspondencia.

- Buenos días, Manuel. ¿Qué tal estás?
- Bien, ¿y tú?
- Bastante bien. Desembarcamos hace dos días; me ha dado tiempo a poner algunos asuntos en orden, pero me hubiera gustado haber tenido un poco más de tiempo.

Manuel bajó la mirada. Pepe se había enriquecido haciendo de intermediario entre muchos emigrantes como él; sin embargo, estaba inmerso en múltiples negocios que le reportaban grandes beneficios. Él también había sido un emigrante más en busca de un futuro esperanzador, pero bien sea debido a los contactos que estableció, o a su suerte, o a su capacidad para tener influencia; logró ser uno de los pocos afortunados que se alzó con una gran fortuna y regresó a España con la denominación de indiano. Ahora tenía recursos suficientes como para deambular de un lado para el otro del océano, y aumentar aún más su fortuna con sus negocios.

- Sé lo que estás pensando, Manuel – dijo con voz calmada el indiano, al vislumbrar la tristeza en los ojos de Manuel – Ya sé que he tenido suerte, y te gustaría estar en mi lugar. Pero comprenderás que no todo es esfuerzo y sacrificio. Simplemente, el destino me eligió...

Se le quebró la voz, pero tomó aire y prosiguió.

- Pero si alguien puede entender la situación en la que estás, muchacho, ese soy yo. Yo también pasé por lo que estás pasando, y me gustaría haber tenido a alguien para orientarme como tú me tienes a mí. Necesitas una recompensa, chico. Algo que te incentive – el indiano tomó el sobre que Manuel le había entregado, y se lo devolvió junto con otro sobre. Manuel le miró inquisitivamente, sin comprender. – Esta carta se la darás personalmente a tu hermana. Podrás pasar unos días allí, con tu familia y tu gente. En tu hogar. Tomarás un barco el 12 de octubre, en el mismo lugar de donde partiste la primera vez. Es el viaje que hubiera hecho yo mismo, pero necesito unos días más aquí para arreglar mis asuntos. Buen viaje, Manuel. Nos veremos pronto.

Manuel exclamó gritos de júbilo; abrazó a su 'mentor', el que había sido su guía en toda su aventura. Pepe 'el indiano' le pidió que se apresurara, pues el barco estaba a punto de partir.

Manuel miró al horizonte, ya en la cubierta. Quizá no fuera un adiós definitivo. Pero era la bienvenida a la esperanza.